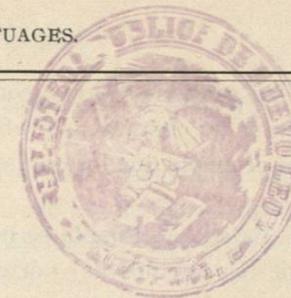
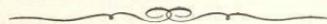


Por lo expuesto, se vé que el símbolo de que se trata tiene su influencia en el espíritu supersticioso del indio delincuente, por más que diga que no cree en él, pues si así fuera, ni llevaría consigo su imagen ni rehusaría que se le despojara de una influencia que él cree benéfica, dado el poder que le atribuye; aunque, á decir verdad, esta creencia no es sólo patrimonio del indio, delincuente ó no, sino de todo espíritu mezquino é ignorante que, sin conocimiento de los fenómenos de la naturaleza y de sus leyes, sin apreciar la evolución que ha seguido la humanidad, ha aceptado, de grado ó por fuerza, un ser ideal que sólo sirve para cohibir las actividades intelectuales del hombre, y detenerlo en su carrera de perfeccionamiento, que es el fin que persigue.



CAPITULO IX

**División en Distritos del Centro y del Sur,
según la procedencia de los criminales tatuados
en el Estado de Puebla.**



Hay un principio en sociología, fundado en las leyes naturales, que las costumbres de los hombres están determinadas por el medio en que viven. Desentendiéndonos de otros factores que por el momento no nos toca considerar, y atendiendo sólo al clima, que es el elemento que más ha sobresalido en nuestras investigaciones antropológicas, veremos que los delincuentes revelan un carácter étnico en los Distritos de que nos vamos á ocupar, con respecto á sus tatuages.

Por supuesto, que el clima no es la causa exclusiva ó principal del modo de ser moral y físico de los hombres, porque, si así fuera, todos los pueblos de regiones semejantes, tendrían entre sí caracteres también semejantes, y lo contrario sucedería con pueblos cuyos climas fueran diferentes; lo que no es así.

«Es cierto que los climas menos desemejantes pueden ser habitados por razas que lo son más. Los lapones, los esquimales, los negritos, los papúas, ofrecen un doble ejemplo de razas autóctonas diferentes, viviendo una al de la otra bajo el mismo clima. Los antiguos mexicanos, de costumbres tan extraordinariamente crueles, y los antiguos peruanos al contrario, tan poco sanguinarios, eran, sin embargo, dos pueblos de origen común, de civilización igual y sometidos á una misma influencia climática» (Zaborowski).

Pero las grandes alturas, como las profundas depresiones del suelo, tienen, no obstante, su influencia en los organismos, siquiera sea por el medio que los envuelve y los agentes que los excitan: el aire y la luz.

En el Estado de Puebla se notan estas diferencias étnicas, ya se trate de los pueblos del norte ó de los del sur. El carácter de los habitantes de ambas regiones es diferente, y lo traducen en sus costumbres y hasta en su aspecto exterior. El indio de la sierra es taciturno, melancólico, resignado; su semblante revela un espíritu tranquilo, movido sólo por la necesidad de respirar el aire enrarecido de sus montañas; pero de tal manera adaptado á su medio, que, cuando baja á las planicies, se vuelve torpe, miedoso, y trata de regresar á sus lares. Agil en sus movimientos, activo en su trabajo, trata de sacar á la tierra el fruto de sus faenas para procurar el sustento.

Por el contrario, en las tierras bajas de las regiones del sur, el hombre es diferente en su aspecto y en sus costumbres; su vida está sobreexcitada constantemente por los agentes exteriores: el calor, la luz y la electricidad. Su semblante revela la agitación de que es presa en ciertas horas del día, para caer después en la flojedad y en el abandono, que es su estado normal. Favorecido por el clima, que pone á su disposición los frutos de la tierra con tan poco trabajo cultivada, no se preocupa por el modo de vivir, y la lucha por la existencia se debilita en su acción, hasta dejar sólo al organismo el cuidado de restablecer el equilibrio funcional. Violento en sus pasiones, de imaginación viva, se exalta con el menor excitante moral, acrecienta la idea que suscitó el movimiento, y entra en lucha casi salvaje para vengar la ofensa que se le infirió. Sus necesidades limitadas y casi siempre satisfechas, no dan lugar al desarrollo de la vida intelectual y social, como en los países que gozan de un clima templado; y de aquí el poco progreso que se nota, por lo general, en los pueblos de esas regiones.

No sucede así en las regiones del centro. Estimulado sin cesar por las condiciones de su existencia, el hombre se hace industrioso, precavido y económico; ama una vida que debe en parte á sus propios esfuerzos; procura la sociedad en que poder desarrollar sus facultades intelectuales, y en ella su ideal encuentra legítimas satisfacciones; y sus sentimientos superiores, moral, estético y social, alcanzan un rápido y seguro progreso. Por esto es

que en las regiones templadas se aglomeran la mayor parte de los hombres.

El Estado de Puebla, por su situación topográfica, tiene un clima templado en las llanuras, caliente en los Distritos del sur, y frío, en los del norte. De aquí su división en tres regiones: la del norte, la del centro y la del sur.

La región del norte en el Estado comprende los Distritos de la sierra, que son: Huachinango, Zacatlán, Alatriste, Tetela, Zaca-poaxtla, Tlatlauquitepec y Teziutlán. Todos estos Distritos tienen sus representantes en la Penitenciaría, y el contingente de criminalidad de cada uno de estos lugares es proporcionalmente menor que el de los Distritos del centro y del sur; pues aquellos dan un 19% de los asilados, mientras que estos últimos dan la enorme proporción de 45%, para los del centro, y de 37%, para los del sur.

A pesar de esto, en atención á que el delincuente es dado al tatuaje, debimos encontrar algunos individuos tatuados originarios de la sierra, cuando practicamos el registro general entre los penitenciados; pero no fué así, pues con excepción de uno de Teziutlán, que excluimos del cuadro general por no servir como dato estadístico, no había de los procedentes de aquella región, quien tuviera dibujos en el cuerpo; circunstancia que, para explicarla satisfactoriamente, exigiría entrar en el estudio de otros detalles que nos alejarían de nuestro objeto.

En el estudio estadístico que vamos á emprender, sólo nos ocuparemos con los distritos del centro y del sur, comparando entre los individuos de ambas regiones, todos los detalles que hemos creído deber reunir para formar un concepto de lo que es el delincuente tatuado en el Estado de Puebla, ya que no tenemos derecho á decir en la República Mexicana; aunque, como veremos al tratar del tatuaje en nuestros soldados, sus símbolos y signos tienen tanta semejanza con los de los delincuentes, que nos sería permitido darles el título de *nacionales*, por haber reconocido el tatuaje en individuos procedentes de casi todos los lugares de la República.

El Cuadro primero¹ nos pone de manifiesto el estado social que guardaban los delincuentes cuando se tatuaron; por él vemos que los solteros, con poca diferencia, son iguales en número en los distritos de ambas regiones; que los casados, en razón del clima y otras circunstancias del medio, preponderan en los distritos del sur; y

¹ Véase el cuadro primero.

que los viudos, aunque en corto número, deben abundar más donde hay más casados.

Se explica igualmente que los delitos de sangre se presenten con más frecuencia en las regiones calientes que en las templadas, y que los delitos contra las cosas, á causa de la mayor civilización en los distritos del centro, sean en menor número que en los del sur, en donde aquella no penetra sino venciendo grandes dificultades que opone el medio ambiente. Esto último nos da también, en mi concepto, la razón de por qué hay mayor número de tatuados en individuos procedentes de los distritos del sur, que de los del centro; pues de los 57 tatuados registrados en la época á que ya nos hemos referido, y limitando la observación á tres clases de delincuentes: homicidas, reos de lesiones y ladrones; hay un 37% en los del centro, y un 63% en los del sur. Notable proporción que patentiza el estado social de los habitantes de esta última región.

Los móviles que impulsaron á nuestros delincuentes á solicitar el tatuage, son de orden sensitivo y pasional, y en este fenómeno representan el principal papel los sentimientos erótico y religioso, ya aislados, ya combinados el uno con el otro, cosa frecuente entre nuestros indígenas.

El tatuage erótico es escaso en las dos regiones de que nos estamos ocupando, y en ambas, casi igual en número; lo mismo sucede con el combinado ó sea el erótico-religioso. El religioso se ve que es más frecuente en las regiones del sur. Los otros sentimientos más primitivos, como el del amor propio, el del rencor y el de la venganza, no son de los que mueven violentamente á tatuarse, como se ve en el cuadro que analizamos.

El sentimiento de imitación, bien comprobado, y el antirreligioso, no se hacen notables por su número entre los tatuados de una y otra región, por lo que no debo hablar de ellos, sino hasta que se trate de las causas del tatuage en otro lugar.

No obstante lo dicho, vemos que la mayor parte de los individuos tatuados solicitaron la operación, y que á muy pocos se les propuso; lo que nos da á entender que el motivo principal es el excitante que produjo en ellos la vista del tatuage en otros; excitante que los movió á solicitar la operación, pero impulsados á su vez por otro sentimiento, que el que representa la figura que motivó la solicitud.

Así, pues, la solicitud puede venir de dos fuentes: ó porque al

ver el individuo un tatuage quiera tener la misma figura, y este fenómeno si es de simple imitación; ó porque al ver que otro se tatúa, por ejemplo, un corazón, movido por un sentimiento erótico, se le excite otro sentimiento, el religioso supongamos, y solicite que le pinten una cruz. En este caso el fenómeno imitativo es más complejo; es la asociación de un fenómeno sensitivo con otro intelectual; la excitación de un sentimiento acallado hasta entonces, causado por un estado de conciencia de simple percepción exterior. Por lo mismo, el sentimiento de imitación por el cual se solicita el tatuage, tiene dos orígenes inmediatos: el que proviene de un motivo ó el que proviene de un móvil, es decir, la excitación fundada en razones de orden intelectual y la excitación fundada en razones de orden sensitivo.

Comparando los símbolos y signos de la bien escrita obra sobre el tatuage, de Lacassagne, en la que se llaman «emblemas,» con los que portan nuestros delincuentes, ya en el número ó en los signos representados, y estableciendo una proporción entre los individuos reconocidos por el Dr. Lacassagne y los reconocidos por mí, vemos que de 378 individuos (entre soldados y delincuentes), el mencionado Doctor registró 1,333 tatuages, ó sea una enorme proporción de 352.6%, mientras que en 663 delincuentes (todos penitenciados) que reconocí¹ obtuve 117 tatuages, ó sea 17.7%.

Aceptando el principio muy racional del distinguido Doctor que hemos citado, de que «el mayor número de tatuages da, casi siempre, la medida de la criminalidad del tatuado, ó á lo menos la apreciación del número de sus condenas y de su permanencia en las prisiones,» resulta que nuestro pueblo bajo es menos delincuente que el europeo, lo que parece estar en contradicción con una ley sociológica: que las buenas costumbres de los hombres están en razón directa de su civilización; y como la costumbre del tatuage recuerda la barbarie de un pueblo, y la civilización del mexicano no puede compararse con la del europeo, resulta al parecer contradictorio el principio. Pero, entre otras razones que hay para que el punto que analizamos no haga excepción á la ley antes dicha, citaremos la siguiente: el delincuente europeo está más en contac-

¹ Aunque los tatuages observados por mí, también comprenden los de militares, y éstos en su mayor parte (nos referimos á la clase de tropa), son delincuentes, dado el sistema de reclutamiento actual; hacemos alusión aquí solamente á los tatuages recogidos en la Penitenciaría del Estado, pues de los militares formamos una sección aparte.

to con individuos que proceden de lugares en donde el tatuaje es una ley casi universal. Así, refiriéndonos á Francia, sus posesiones en Africa y en Oceanía dan contingente á sus cárceles, y delincuentes de todas partes del mundo van también á las prisiones europeas, en donde excitan con sus dibujos el sentimiento de imitación de los otros. Esto hace que el número de tatuados sea muy grande, no obstante su instrucción y su civilización, pues la primera circunstancia no se opone al paso de una costumbre que se extiende hasta las primeras clases sociales en las que ha sufrido una especie de selección.

El distinguido profesor de Medicina Legal, de la Facultad de Lyon, divide los tatuajes, según el dibujo representado, en siete categorías, á saber: 1.º, emblemas profesionales; 2.º, militares; 3.º, patrióticos ó religiosos; 4.º, inscripciones; 5.º, amorosos y eróticos; 6.º, emblemas ó metáforas; 7.º, emblemas fantásticos é históricos. De éstos, los últimos son los que más abundan, y los patrióticos y religiosos los que en menor número se registran. En segundo término de frecuencia se encuentran los amorosos y eróticos.

En el estudio que sobre el tatuaje hace el notable y distinguido antropologista Dr. Lombroso, en su obra *L'uomo delinquente*, abarca un conjunto de 6,784 individuos, de los cuales 3,886 eran soldados y 2,896 criminales, comprendiendo en este número á las prostitutas y los soldados delincuentes.

Nos ocuparemos, por ahora, solamente con los tatuados criminales, sean civiles ó no, puesto que el uso del tatuaje es común en los delincuentes y aun en ciertos lugares civilizados, sobre todo en Italia, donde alcanza grandes proporciones.

En 3,048 individuos que examinó Lombroso, encontró 167 tatuados, ó sea una proporción de 7.9 por ciento para los adultos, y de 40 por ciento (?) para los menores, clasificados según sus profesiones, en albañiles, carreteros, mineros, carpinteros, panaderos, etc. Distingue los tatuajes según los símbolos á que hacen alusión los dibujos, en cuatro clases, á saber: *signos de amor, de religión, de guerra y de profesión*.

Los signos de amor son los menos numerosos, y corresponden principalmente á los lombardos y á los piemonteses; consisten estos signos en nombres ó iniciales de la mujer amada, escritos con letras mayúsculas y que se refieren á la época del primer amor; en uno ó en muchos corazones atravesados por una flecha; en dos ma-

nos entrelazadas; en una mano con una flor; ó, en fin, en un dístico amoroso.

Los símbolos de guerra son frecuentes, como es natural, entre los militares, puesto que son sus signos profesionales.

Los símbolos religiosos son los más frecuentes después de los militares, y según las palabras del autor citado, «parecen muy naturales á aquel que conoce el espíritu devoto del pueblo italiano.» Esto no nos causa extrañeza, porque entre nosotros hay idéntica razón. La mayor parte de estos dibujos consiste en una cruz sobre una esfera; en un corazón rodeado de cirios, y que es especial á los lombardos; en la imagen del Santísimo Sacramento, particular á los napolitanos; en un crucifijo, ó en el retrato del santo patrón. Según el autor ya dicho, hay un tatuaje peculiar á los rumanos de Chieti y de Aquila, dibujo transformado por los tatuadores, que se reduce á una H mayúscula, adornada por una línea transversal, y generalmente, superada de una cruz. ¹ Este dibujo se encuentra en los calabreses y los lombardos, que fueron á Ancona, y después á Loreto, ya por casualidad, ya en peregrinación, y que desearon conservar un recuerdo de este acontecimiento en su propio cuerpo. (I. c.)

Pero un carácter general de los criminales tatuados europeos, que hacen notar los distinguidos antropologistas Lombroso y Lacassagne, y que contrasta con el de nuestros delincuentes, es la obscenidad del dibujo, por sí mismo ó por la región del cuerpo en la cual está grabado.

En 142 criminales examinados por Lombroso, 5 llevaban el tatuaje á lo largo del pene; uno de ellos figuraba con el glande la cabeza y la cara de una mujer, de manera que la boca correspondía á la abertura del meato urinario; otro, en el dorso del miembro viril llevaba las armas de la casa de Saboya; un tercero, en la misma parte, el retrato de su amada; otro, las iniciales de su querida; y, por último, el quinto, un ramo de flores.

Lacassagne recuerda que sus observaciones á este respecto son mucho más numerosas, pues tiene anotados 35 dibujos de esta clase, en la colección de 378 individuos tatuados que observó.

En el estudio que Marro hizo de 156 delincuentes tatuados (no dice entre cuántos criminales), los signos que más abundan son los eróticos y los religiosos; siguen después, por orden de frecuencia, los dibujos de animales y, entre éstos las serpientes ocupan el pri-

¹ Los tatuajes. (Lacassagne.)